

Correspondencia Rafael Dieste-María Zambrano

M^a Aránzazu Serantes López

As cartas que aquí se presentan foron froito dunha investigación realizada na Fundación María Zambrano financiada pola Xunta de Galicia.

A pensadora María Zambrano mantivo correspondencia con intelectuais galegos de gran prestixio. Rafael Dieste foi un deles. Ambos coñecéronse no café literario que adoitaba frecuentar Valle-Inclán, Granja El Henar. Dende entón, ambos compartiron experiencias vitais: coincidiron na exposición do pintor galego Souto, participaron nas Misións Pedagóxicas, tiveron proxectos editoriais comúns (revista *Hora de España*, editorial Atlántida, etc).

259

Nos números cinco e seis do *Boletín Galego de Literatura* Xosé Luís Axeitos facía uns minuciosos estudos sobre os arquivos de Dieste nos que publicaba a correspondencia inédita de Rafael Dieste e María Zambrano entre os anos 1937 e 1974, época na que ela se estableceu en distintos lugares de Europa, sufriu pola morte dos seres queridos, como súa nai ou súa irmá Araceli, coas que estaba moi unida, e pola distancia da terra que pouco a pouco ía tomando forma nas súas viaxes: París, México, A Habana, Roma, son algúns deses lugares que a foron vendo madurar intelectual e persoalmente.

Os documentos que achego son unha ampliación do labor realizado en anteriores números do *Boletín Galego de Literatura*. Trátase de tres cartas escritas por Rafael Dieste para María Zambrano que non foron editadas con anterioridade por esta revista, e que foron enviadas entre os anos 1973 e 1979.

A última carta á que fai referencia X.L. Axeitos corresponde ao 4 de xaneiro de 1974, que vén ser a resposta de María Zambrano á carta escrita por

Dieste o 26 de outubro de 1973, coa que eu comezo a miña análise, xunto a outras dúas das que non hai resposta coñecida por parte de María Zambrano e corresponden ao 17 de abril de 1975 e ao 25 de agosto de 1979. Por aquelas datas, Rafael Dieste publicaría o seu *Testamento xeométrico*, do que María Zambrano conservou un exemplar asinado na súa biblioteca persoal. Naquela altura, Dieste xa era membro da Real Academia Galega e director literario da editorial Atlántida. Isto último revélase nalgunhas ocasións ao longo da súa correspondencia, de forma explícita e implícita.

Un dos escritos nos que María Zambrano amosa o grande afecto e admiración que tiña por Rafael Dieste e que tomei como fonte para este traballo, leva por título: “Rafael Dieste y su enigma”. Nel fai unha síntese do que foi para ela dende o comezo: un benaventurado pola súa “compostura, sabiduría (que) debía estar sostenida por una inmensa paz que se comunicaba a todo aquel capaz de recibirla, con sólo sentarse a su lado”¹.

M^a Aránzazu Serantes López
Universidade de Santiago de Compostela

¹ Cfr. *Diario 16*, ano X, Madrid, 25/5/1985, *Culturas*, n° 7, p. 3.

- Pertenece Rafael Dieste a esa rara categoría de personas en las que

desbordan los valores y virtudes.

Su obra misma y aun su palabra.
Es Rafael Dieste, el centro penetrante
incapable, peregrino en plenas tierras,
sobre todo y antes que nada, un
ser, un ser de comunicación, activo

siempre, no que uniese a dar
gracias a quien se debe, por haberle
encontrado - y una vez encontrado no
se podía perder - stus ante todo por
que existía. Su presencia ha sido
siempre irradiaante, es decir: querrosa
luminosa, como para ser cantada
aun que contada. Se le dado algo, con
no mas sea en sus propias palabras, algunas
nota de ese Canto, Hacia Zambora

Wanda Santit

Rianxo, 26 de octubre de 1973

Mme. María Zambrano

La Pièce. Crozet-par-Gex-Ain

Francia

Querida María:

Nada sabíamos del fallecimiento de Araceli... Retornando al principio desde el final de tu *In Memoriam*, la veo ahora como retratada en tu maravillosa descripción de *El Vaso de Atenas*². Iba a decir que así se me ha quedado. Y así es en cierto modo, aunque a la luz de tus reflexiones y de la imagen misma, ese «quedar» se me amplifique y se me transfigure.

Lo cierto es que así la veo y que, haciendo memoria, descubro que ya así la había visto antes. Y no precisamente en momentos singulares, sino incluso al trasluz de su amigable animación y de su límpida alegría.

¡Precioso y fidelísimo homenaje el tuyo a tu hermana, nacido o florecido de tu experiencia de su muerte! En su lugar oficia esa mujer (palabras tuyas) «de belleza indefinible que se dispone a seguir a Hermes, en un gesto de entrega indiscifable»..., pero con tal fortuna que las dos se parecen, se evocan y fraternizan misteriosamente.

A través de tus meditaciones, éstas y otras, los siglos pierden opacidad. Tú bien ves las distancias. Pero también las señales, señales a distancia, palpitantes estrellas.

Lo familiar de esa tu experiencia es esencial para la belleza y encendida seriedad de todo lo que dices. También es esencial lo familiar para la escena griega. Ahí están los padres, «mudos, fijos», «sin que Hermes parezca tenerlos en cuenta para nada»... Indescifable el gesto de la hija, e indiscifables, en esa suspensión, los padres para sí —y el uno para el otro. Los dos desasistidos, «ignorados», y sin saber cómo acompañarse... ¡Difícil compañía!

Carmen y yo estamos de verdad contigo en el amor, en el recuerdo de Araceli y simultáneamente, no puede ser de otro modo, en ese Amor sin fin que sus-

² Publicado en *Papeles de Son Armadans*, nºs 121-123.

tenta y orienta tus palabras, sustancia y norte de tus adivinaciones y de tus pensamientos.

Tu carta nos deslinda, hasta donde es posible, los pasos de tu vida con Araceli, y ahora... también con ella.³

¡Lástima que tu amigo José Ángel Valente no haya podido llegar hasta La Coruña!⁴ Aparte del gusto de conocerle habríamos tenido el de saber de tí, con esos rasgos leves, tan vivamente actualizadores, que sólo transmite la conversación, al menos la de un «celta»... Otra vez será. Y a tí misma, andaluza, ¿no te vendría bien (¡claro que sí!) darte una vuelta por Galicia? Tiempo al tiempo, decía mi padre, y todo se andará, etc. Te sentirías en tu casa —o en una de tus *casas*, pues hay sin duda varias por el mundo con esa virtud—, pero además literalmente ya que tenemos dos (La Coruña, Rianxo), ambas con mar y montes a la vista y, no hace falta decirlo, a tu disposición.

Lechner y familia, desde hace unos años, veranean en Puerto del Son, a donde fueron a parar no sé qué azares, y él siempre viene a vernos. Puerto del Son, muy batido en invierno y plácido en verano está en la Ría de Muros y Noya, y Rianxo en la Ría de Arosa. Entre ambas media la península y sierra del Barbanza. Hay comunicación costera y de montaña.

Probablemente has tenido alguna carta de Francisco Caudet (de la Universidad de California). Las que me ha escrito a mí, buscando orientaciones sobre *Hora de España*⁵, y a las que contesté ampliamente me dan una impresión simpática y cada vez más despejada... Creo haber contribuido mucho a ponerlo en ambiente. No hace falta decir que tú, nuestra Diótima, andas por esas y otras cartas.

A Caudet le recomendé tu libro (un encanto de libro) *Filosofía y Poesía*. Cosa curiosa, se lo recomendé —así se lo decía— no sólo para orientarle respecto a

³ Na carta de María Zambrano correspondente ao 1/1/1974, escrita dende La Pièce, fala de cando lle comunicaron o falecemento de súa irmá (Cfr. *Boletín Galego de Literatura*, nº 6, 1991, p. 123).

⁴ Sábese que Valente lle enviou unha postal a María Zambrano dende A Coruña datada o 26/8/1967. Unha data non moi afastada da presente carta (Cfr. *Boletín Galego de Literatura*, nºs 39-40, 2009, p. 319).

⁵ Foi cofundador da revista *Hora de España* que editou o seu primeiro número en Valencia no ano 1937.

tí, sino también respecto a mí, resultándome un tanto complicado explicarle mi «caso»...

En relación con *Hora* podría haberle indicado también —no me acordé— *La Agonía de Europa*. Éste lo traje ya de Buenos Aires... El de la *Historia de la Piedad (El hombre y lo divino)*⁶ lo encontré aquí, y ya imaginarás cuánto me ha interesado e interesa... (Ya ves que estoy relativamente “al día” en lo que te concierne.)

Me alegra que hayas aceptado prologar el número perdido⁷ —no tan perdido, como se ve y me explicas de *Hora de España*, y más aún si, como dices, haciendo de paso, o con ese motivo, una presentación más amplia... «Ya que no me es posible —dices— presentar ese número-Antígona sino dentro de toda la vida de nuestra Hora.» Sería posible con artificio, o dando por supuesto que esa vida se hallase reflejada ya en alguna parte... Pero no hay tal cosa. Es la revista en su conjunto la que está todavía huérfana de prólogo, prólogo acompañante o interiormente unido a esa vida que tú dices. Finalmente quizá sea una suerte que el número no haya sido localizado antes —dejando ahora a un lado precipitaciones o deficiencias de investigación. Así, y gracias a ti, tendremos prólogo.

Caudet me envió copia fotostática del número XXIII⁸, seguida de una carta en que ya me anunciaba que te encargarías de la Introducción. Cuánto me conforta que en ese ensayo mío (que aún no releí) hayas encontrado esa especie de eco, o retroeco, y además tan fiel, de algo que llevabas ya escrito. La feliz consonancia es también para mí «corroboración, sustancial referencia».

⁶ En Argentina, Dieste foi director literario da editorial Atlántida onde María Zambrano tiña pensado editar ese libro, tal e como se pode comprobar na carta do 12/7/1945 escrita por María Zambrano dende A Habana (Cfr. *Boletín Galego de Literatura*, nº 6, 1991, pp. 116-117).

⁷ O número perdido é o 23 (1974) de *Hora de España*. En 1972 a editorial alemá Detlev Auvermann realizou unha reimpresión facsimilar dos vinte e dous números e en 1974 ampliouse co número perdido, que facilitou Camilo J. Cela aos editores.

⁸ Caudet foi o encargado de prologar o nº 23 na versión orixinal. No prólogo di cales foron as circunstancias da destrución fallida daquel número debido ao “comezo da ofensiva a Cataluña” (23/XII/38), “y estaba tirado poco antes de la caída de Barcelona (24/I/39)” p. 280, dos que se salvaron algúns números. Nese número publicábase o libro de María Zambrano “El papel de los intelectuales en el drama de España” xunto a “Pablo Neruda o el amor de la materia”, “Hora de España XXIII” ou “Las ediciones del Ejército del Este”, ademais do “Mairena póstumo” que Antonio Machado lle dedicou a Blas J. Zambrano, pai da pensadora.

Cuando fui invitado por Auvermann a formar parte del Consejo de Colaboración —al mismo tiempo que me anunciaba ya el envío de la reimpresión de *Hora de España*— no hallé razón para no aceptar.

Todo me pareció plausible en sus noticias sobre el plan general de reimpressiones. Y, en efecto, acepté, pero dando por cosa obvia, le decía, que la misma invitación os habría llegado a ti, Antonio, Juan Gil-Albert, Ramón Gaya, etc. Auvermann sólo hacía mención de Alberti, Bergamín, etc., y este etc., el de Auvermann, me resultaba un tanto nebuloso. De ahí el modo cortésmente condicional de mi aceptación. Me contestó en seguida dándome cuenta de que, efectivamente, vuestros nombres ya figuraban en el tal Consejo. Ahora resulta que tú no has aceptado. ¡Un pequeño lío! De todos modos, al margen de formalidades y figuraciones, si el Consejo es o ha de ser algo, es claro que estás en él.

¡Sí, claro que necesito escribir! Y además he escrito, escribo, ordeno —o lo intento— lo que al parecer tiene algún destino, etc. No lo digo como niño aplicado, sino con humildad. Sabe Dios lo que falta para no necesitar escribir. Para ser más explícito tendría ahora que decirte algo sobre planes, caminos — andados o presentidos—, imprevistos, «deberes» que, en libre escritura o meditación, me salieron al paso, imponiéndome rumbos con los que no contaba... Pero esta carta se hizo larga y, además (perdona), un tanto heterogénea. ¡Cómo nos gustaría hablar contigo! De nuevo: tiempo al tiempo, todo se andará... Y también: si Dios quiere. Ya sabes que dijo el vasco: ¡Apuesto a que quiere!

Un fuerte abrazo de
Rafael y Carmen

La Coruña, 17 de abril de 1975⁹

Querida María:

En este momento no encuentro tu carta, estoy seguro de que va a aparecer en cuanto hagamos una ordenación de libros y papeles, o, simplemente, sólita, como un pájaro que asoma la cabeza. A lo mejor está por aquí, justo a mi lado. No es la primera vez que me sucede.

De todos modos la tengo muy presente, por su propia virtud, pero también porque a raíz de ella se me hizo más perentorio el ya anterior deseo de escribirte. Hoy mismo, mañana sin más tardar, etc.

Estoy avergonzado de no haberlo hecho ya hace tiempo, de no haber puesto en solfa inteligible algunas de las muchas cosas que se me ocurrían —todas no era posible en una carta— sobre tu ensayo-prólogo y, consecuentemente, sobre aquella hora. Pero creo que me daría aún más vergüenza ponerme ahora, inútil remedio, a hacer un recuento de menudas causas, concausas, circunstancias, concatenaciones, etc., todo ello laborioso, abrumador para los dos y, al final, deficiente, pues hay también, como tú sabes, los «imponderables». Digo que me daría vergüenza porque parecería presunción, y de un género que a mí me fastidia mucho. ¡Vaya hombre ocupado, preocupado, interrumpido, zarandeado, abrumado, acatarrado, etcétera, etc.! ¡Ni que fuera un ministro! (Creo que me va mejor la vagancia, o la divagancia, aunque tampoco quiero presumir de tales virtudes.)

Tu ensayo¹⁰ sobre *Hora de España* es precioso, espléndido. ¡Lástima que no haya salido sin erratas! Ya sé, ése parece ser un ideal inaccesible; pero, siquie-ra, con algunas menos. Son muchas, y algunas de ellas bastante perturbadoras, tales como alguna palabra repetida o, al revés, omitida. Sospecho que, en parte, proceden del texto mecanográfico, pero los buenos correctores —o ya los mismos linotipistas— suelen enmendarlas, o preguntar, si dudan. Bien, no te preocupes demasiado. Únicamente tenlo en cuenta cuando hayas de incorporar el ensayo a alguna serie o compilación, cosa que me parecería muy aconsejable (en beneficio de todos).

⁹ Resposta á carta do 4/1/1974 (Cfr. *Boletín Galego de Literatura*, nº 6, 1991, p. 122).

¹⁰ Refírese a "El papel de los intelectuales en el drama de España", xa citado anteriormente.

De nuestras sorprendentes coincidencias (las descubiertas por ti mientras hacías tu trabajo) ya habíamos hablado, con la natural alegría por tu parte y la mía (o viceversa...). La palabra «coincidencias» vale sólo como alusión ligera y cómoda. Es la usual en estos casos. Pero no acaba de ser la justa, y sé que también en esta apreciación «coincidimos»... Se trata de algo más hondo y más serio, ajeno a cualquier intento de «registro» —quiero decir, y estoy seguro de que nos entendemos, de algo, en sí, no registrable, ya que va unido a la auténtica sorpresa, al regalo imprevisto (imprevisible), al gozo de la confirmación sentida como libertad, o como signo de ella.

Pero aun ateniéndonos ahora a las «coincidencias» en el sentido más modesto o restringido de la palabra, resulta que también se han producido muchas, y notables, en cosas no previamente comentadas contigo, es decir, sin saber cada uno lo que diría el otro. Un buen ejemplo son mis cartas a Francisco Caudet —estimuladas por preguntas tuyas— acerca de los antecedentes, orígenes y motivaciones de *Hora de España*. Aunque tú no entras en pormenores históricos, ni hace falta para tu propósito, y yo sí, tuve que entrar en ellos, los dos testimonios resultan notablemente concordantes, y esto más allá o mucho más allá de lo meramente informativo.

267

En suma, creo que ya está dicho hasta qué punto]me siento de acuerdo con tu ensayo. Es buen motivo]de alegría. Pero no es el único que justifica mi celebración. Sentirse confirmado es bueno. Pero mejor aún si uno, por gracia de creación ajena, se siente crecido, con crecidas razones de admirar, visión más dilatada y todo un ondular de incitantes caminos a la vista. Unos los andarás tú misma (no tiene mérito el vaticinio, ya que se funda en demasiados datos) y otros es muy probable que vengan a conjugarse con los míos y a orientar y avivar mis propios pasos. Pero no acaba ahí la celebración. De todo lo que dices no seremos tú y yo los únicos beneficiarios. (Eso podría ser terrible.) Estoy seguro —y esto, sí, podría ya pasar por vaticinio, ya que no tengo tantos datos...—, estoy seguro de que ese discurso tuyo, por su belleza, su lucidez y su límpida pasión, va a hacer un gran bien a España, y «por lo tanto» —como decimos los buenos españoles de pura cepa— al universo mundo. A lo mejor me dices que éste es un presagio quijotesco. Pero sabemos cuan razonable era —es— don Quijote. Resulta entonces que, si me dices eso, me das la razón, y no cualquiera, sino de gran altura y bien probada (aunque sus pruebas decisivas estén aún por venir). Te estoy diciendo la verdad. No la mía (¡qué mal suena mía, ahí, junto a verdad!) sino la de todos, que es la que tú buscas y amas.

¡Yo también! Ésa es en última instancia la raíz —o raicilla, para tratarla con ternura— de nuestras afinidades, las que decíamos antes y otras que están por decir. No hace falta decirlas. Mejor en esto a ignorancia, de la cual nace el milagro de, sin saber cómo, saber de repente algo que valga la pena, un regalo con todo su intacto resplandor. En algún pasaje de tu discurso mencionas la santidad. Todo el pasaje es importante, incluso por tus cortesías para quienes con tal mención se inquieten y, asimismo, por el pudor que —según dices— nos impedía pregonarla... Aunque tal idea, añades, «anidara sin duda en el secreto fondo de algunos de los que por allí andaban». Ese pudor tiene raíces religiosas. Es, además, palabra que da miedo, sobre todo a los santos si por azar se les ocurre aplicarla a sí mismos. Pero lo mismo ese miedo que aquel pudor, de alguna manera hablan de lo santo. Ahora, en este momento, yo también siento ese pudor y ese miedo... Pero tengo que atreverme a decir que sí, había santidad. Aun descontando los santos ignorados, los que nadie (y menos, ellos) sabe que lo son, queda aún la santidad como algo de nadie en particular y, no obstante, presente. Una presencia en forma de «inminencia». Y había además la nostalgia de fundamento, religiosa también, y la «locura» —tal vez sagrada— del sacrificio sin Promesa... Mientras «del otro lado» todos irían al cielo, y pregonaban sin pudor su guerra, no como santa —para no parecerse demasiado a los moros—, pero sí como Cruzada y en defensa de la Cruz. ¡Qué desgracia, Dios mío, quiero decir, Dios nuestro! Yo creo que no se debe ni se puede guerrear por Dios, como no sea en un sentido muy distinto... En el Mahabarata hay un maravilloso pasaje en el que los dos grupos de héroes que se van a enfrentar en un combate, celebran antes un festín de confraternidad, signo, a la vez, de acatamiento al decreto divino que, por designio misterioso, los ha elegido a ellos para combatir. Esto sí, da ganas de llorar de júbilo. ¡Qué pequeño —y qué osado— “lo otro”!

Se puede y se debe pelear por la justicia, y aún cabe entonces que cada uno de los contendientes entienda la justicia a su modo, y ello con toda buena fe. Pero aquí volvemos a lo de la nostalgia de fundamentos y al heroísmo a oscuras. Si es heroísmo verdadero, las tinieblas lucen de alguna manera, resultan ser sagradas... y resplandecientes. ¡Paradojas del sacrificio en nuestra guerra! Tú lo llamas sacrificio en el más hondo sentido de la palabra, que es el que tiene para el culto —o insinúas el paralelo con moderación, sin demasiado énfasis, pero con suficiente transparencia. Noto, cada vez más, que estoy de acuerdo.

La viva consciencia de todo esto, y no sólo latente, sino también explícita, patente, traspasa todo tu discurso, aun cuando sea con las ya declaradas corte-

sías, plausibles por sí mismas —e, incluso, eficaces—, pero, además, justificadas por tener que hablar para todos y por todos.

Como tu ensayo es Prólogo, y destinado a explicar (en modo descriptivo) el fenómeno *Hora de España*, no es fácil tomar aparte los conceptos, cada uno con su haz de problemas. Esta dificultad es una virtud. Indica, en efecto, que se hallan unidos entrañablemente al fenómeno objeto de la descripción. Y no me refiero sólo a la revista, sino a su momento, a su ámbito; en suma, a su hora sin olvidar, naturalmente, la trascendencia de esa hora, su significación, a un tiempo —quiero decir, indisolublemente— española y universal. De todos modos hay uno que tú misma realzas, haciéndolo comparecer con distintas luces, directas o reflejas, pero además de un modo explícito. Voy a ver... Aquí está el parrafillo: «Y lo que de un modo privilegiado da a ver ante todo *Hora de España*, es la creencia de que la suerte del pueblo y la suerte del pensamiento eran una y la misma en España». Con tal privilegio, es claro que toda la expansiva rosa de cuestiones que van unidas a esa creencia o se derivan de ella, es aquí cosa principal... —aunque lo es, no por separado, sino tomando siempre en cuenta todo lo demás. Era principal entonces, y sigue siéndolo. Es tema sustancialmente español y, además, gravísimo —al mismo tiempo qué lozanísimo si lo miramos bien, pues es como muy sensible a la mirada (al «mal de ojo») y hay miradas o miramientos que lo mustian, irremediabilmente. ¡Con qué delicadeza lo miras tú, con qué «miramientos», si tú quieres, pero de los buenos! Eso tenemos que agradecerte, eso y los caminos que indicas o insinúas para continuar.

269

España es uno de los grandes países —y singular o «magistral» ejemplo entre ellos— que ha tenido pueblo; y en este caso l'avoir et l'être coinciden: tenerlo es serlo. ¿Lo habremos perdido? ¿Nos habremos perdido? Yo creo que no, y siempre tenemos los testimonios —enormes, inolvidables— que nos protegen con su fuerte y honda virtud alentadora. Y me resisto a decir «restauradora» porque no conviene hablar aquí, ni alusivamente, de resucitar muertos, sino, en todo caso —y aunque parezca extravagante— de resucitar vivos. ¡Cuánto me quedaría por decirte! Pero esta carta es ya muy larga... Lo que quede por decir siempre quedará mucho— ya se irá diciendo de alguna manera.

Dejo noticias mías, nuestras, para otra ocasión.

Para terminar (seguirá...) un fuerte abrazo.

Rafael y Carmen

Rianxo, 25 de agosto de 1979¹¹

Querida María:

Te enviaremos en seguida un par de ejemplares de cada uno de los libros de Lorenzo Varela¹², de acuerdo con tu honrosa demanda, y seguros de que les darás el mejor destino —o acaso rumbo circulante en ese mundo «celta» (o digno de serlo) que, según algunas de tus cartas, te acompaña.

Podrás imaginarte lo que significó para nosotros el fallecimiento de Lorenzo Varela y, en seguida, el de Luis Seoane¹³, unidos a nuestras vidas por vínculos integrales; es decir, no sólo entrañablemente amistosos, sino relativos a toda la variedad de intereses que imprimían carácter a sus empresas y a su obra. Pero a estas muertes, se juntaron otras muy de cerca que hicieron también gran mella en el panorama de nuestros afectos y esperanzas: la del abogado argentino Luis M. Baudizzone¹⁴, que falleció en París cuando se preparaba a venir a Galicia, principalmente para vernos a nosotros y a los Seoane, y la de Fermín Fernández-Armesto, nuestro principal amigo en La Coruña. Muertes, como las de Seoane y Lorenzo, repentinas. Muy poco después del fallecimiento de Fermín, nos enteramos por Barbudo del de Arturo Serrano Plaia. Sabíamos que padecía una grave afección de corazón y esto, sin duda, le dejó indefenso frente a una última crisis de tipo circulatorio. Te supongo también enterada de la muerte de Casal Chapí¹⁵, aunque ésta no pertenece a la constelación reciente, ya que se produjo, también inopinadamente, hace un par de años.

270

¹¹ No ano 1979 María Zambrano residía en Ferney-Voltaire. O seu declive físico era manifesto. Chega a afirmar: "Estoy incapaz de todo o casi todo" cando escribe ao poeta Edison Simmons o 12 de agosto do mesmo ano.

¹² Trátase da *Poesía* de Lorenzo Varela (A Coruña: Edicións do Castro, 1979), edición ao coidado de Carmen Muñoz e Rafael Dieste, e de *Homaxes*, poemas compilados e prologados Luis Seoane (A Coruña: O Castro-Cuco rei, 1979). Este mesmo texto figura no Prólogo ao libro *Torres de mar* de Lorenzo Varela editado en Bos Aires: Nova, 1942, pp. 7-8.

¹³ O primeiro morre o 25/11/1978 e o segundo o 5/4/1979.

¹⁴ Amigo do diplomático brasileiro Newton Freitas. Baudizzone, Freitas e Lorenzo Varela compartiron longas tertulias no café Tortoni de Bos Aires e non foron alleos ás inxedanzas editoriais dos exiliados galegos. Hai unha carta dirixida por Freitas a Baudizzone datada o 27/11/78 que di o seguinte: "Meu Baudi: O noso Varela foi-se. Morreu ou deixouse morrer no día 25 deste, pela manhã. Eram 7 horas (...) Ja estão aquí os Dieste, os Pardos, etc".

¹⁵ Fernández Armesto, Serrano Plaia e Casal Chapí eran amigos que María Zambrano e Dieste tiñan en común: compositores, escritores, pintores... crearon entre eles sólidos vínculos a pesar da distancia.

Creo que sería muy importante que diceses, por lo menos, una vueltecita por España. Importante para ti y para los españoles, pero, sobre todo —si se me permite la presunción— para mí. Empieza a ser ya demasiado lo que tendríamos que hablar.

Nos llegaron uno tras otro tus dos «libricos», como tú los llamas —supongo que con el matiz afectivo que suele tener el ico en buena tradición lingüística española— y con ellos los dos aspectos principales de tu autenticidad testimonial, según se trate de la llamada «historia externa» (dando esta expresión cierta elasticidad que permita incluir lo «cultural»...) o del íntimo sentir, ver y adivinar!

Naturalmente, en las raíces del primer aspecto se puede percibir la savia del segundo, y es lástima que esta relación consustancial no sea lo frecuente, o no se considere cosa obligada. Por un lado anda lo íntimo, quién sabe en qué desorden o maciza niebla, y por otra lo público. Nuestra esperanza que alguna vez deje por lo menos de parecer normal o incluso «práctica», esa impía escisión.

Esperamos que te encuentres bien de salud y que el pequeño malestar a que aludías al final de tu carta haya sido cosa muy leve y pasajera.

Estamos estos días en Rianxo y los chapuzones marinos y paseíllos por la playa nos sientan muy bien.

Carmen te envía conmigo un cariñoso abrazo.